

TEMPESTAD CALMADA [279]**2026****Meditación (día 36)**

Recordemos que Cristo nos enseña con sus palabras y con sus acciones. Ahora San Ignacio nos pide que meditemos el episodio llamado «La Tempestad Calmada», que es cuando Cristo Jesús, con el poder de Su Palabra, aquietó aquello que aterrorizaba a sus discípulos.

Pero antes de entrar de lleno en esta Meditación, te pido que no sólo la escuches, sino que sobre todo la medites. ¿Por qué? Lo que vamos a meditar no quedará grabado en tu corazón si no eres tú quien se toma el tiempo de ir con la imaginación a ese lugar y presenciar ese hecho y hacer la meditación. Recuerda que estos Ejercicios no son una serie de conferencias. Los Ejercicios se hacen rezando, no sólo escuchando.

ACTOS PREPARATORIOS

Para dar inicio a esta Meditación, voy al lugar donde voy a meditar y arranco con la oración preparatoria. En esta oración le voy a pedir que todas mis acciones sean sólo para glorificar a Dios. Es decir, que mis actos internos y externos busquen sólo la Gloria de Dios.

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Una vez que he enderezado todas mis acciones, entonces voy a ir a la segunda parte de esta meditación.

Composición de lugar:

Voy a componer el lugar. ¿Qué significa componer el lugar? Voy a utilizar mi imaginación, y con mi imaginación voy a situarme en el lugar donde sucede este hecho; es decir, en el Mar de Galilea. Voy a situarme en medio de esa frágil barca de pesca que a medianoche ha comenzado el viaje confiando en que Cristo está conmigo. Luego comienza a soplar un viento terrible y el mar embravecido está a punto de derribarnos, y contemplo cómo Cristo duerme plácidamente en la proa.

Petición:

Luego voy a pedir la gracia que quiero, el fruto que espero de esta Meditación. Aquí podemos pedirle a Cristo que yo pueda reconocer, como dice el Salmo: «No dormita ni duerme el que guarda Israel» (Sal 121, 4). Es decir, aunque en medio de las adversidades no duerme

ni reposa Jesús, darme cuenta de que en cada adversidad de mi vida y de la Iglesia, Cristo está presente.

Y para conseguir esto voy a meditar el Capítulo 8 de los versículos 23 al 27 del Evangelio de San Mateo, que dice así:

La historia: (Mt 8, 23-27).

Subió después a la barca y le siguieron sus discípulos. De repente se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca. Pero Él dormía. Se le acercaron para despertarle diciendo: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!». Jesús les respondió: «¿Por qué os asustáis, hombres de poca fe?». Entonces, puesto en pie, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma. Los hombres se asombraron y dijeron: «¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?».

PUNTOS

San Ignacio me pide que divida este pasaje en tres puntos como sigue:

[279] DE CÓMO CHRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO SOSEGAR LA TEMPESTAD DEL MAR ESCRIBE SANT MATHEO, CAPÍTULO 8, 23-27.

1º Primero: estando Christo nuestro Señor durmiendo en la mar, hizóse una gran tempestad.

2º: Sus discípulos, temORIZADOS, lo despertaron, a los cuales por la poca fe que tenían reprehende diciéndoles: (*¿Qué teméis, apocados de fe?*).

3º: mandó a los vientos y a la mar que cessassen, y así cessando se hizo tranquila la mar, de lo cual se maravillaron los hombres diciendo: (*¿Quién es éste, al qual el viento y la mar obedecen?*).

Entonces, yo divido este hecho en tres escenas:

- * Primero, mientras Cristo duerme, se levanta una gran tempestad.
- * Segundo, cómo los discípulos aterrorizados lo despiertan, y Él los reprende por su fe tan pequeña.
- * Tercero, cómo ordena a los vientos y llega la calma, y la sorpresa de sus discípulos. «*¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?*».

Te pido que medites paso a paso a Jesús dormido, a los discípulos aterrorizados, Jesús ordenando a los vientos y el mar en calma.

Colócate como uno de los discípulos en esta Meditación para ver qué te dice a ti Cristo en particular en estos Ejercicios. Ahora te puede ayudar qué han visto otros en esta Meditación. Para otros, esta Meditación ha sido una gran ayuda.

Para los Padres de la Iglesia, los que tuvieron contacto más cercano con la predicación de los discípulos, Cristo les está dando una tremenda lección a sus Apóstoles, pues les hace pasar lo que pasó a Jonás. En medio de un mar embravecido, se levanta una tormenta. Todos están asustados. Cuando descubren la causa, claman, ruegan a Dios y Dios los escucha. Pero Jesús les dice: «Al Dios al que clamó Jonás, el que calmó su tormenta, está aquí». Jesús les muestra su poder y su divinidad.

Pero no sólo quiere mostrarles eso, sino todo el hecho es una lección. Antes de este hecho, el Evangelio narra personas que trataron de seguir a Jesús y Jesús les muestra sus exigencias. Ahora bien, sube a los Apóstoles a esa barca, Él durmiendo como un hombre, pues como Dios nunca duerme. «*No duerme ni dormita el que guarda Israel*», dice el Salmo. Luego se levanta una tremenda tempestad. Así enseña a los Apóstoles que Él es el nuevo Jonás.

Enseña a sí mismo que esta barca es la Iglesia que tiene que ser sacudida, y no despierta inmediatamente para enseñarles que debemos de pedir con insistencia y con paciencia, pues los tiempos de Dios no son mis tiempos¹. Pero no sólo ese fruto sacaron los Santos Padres de esto, también nosotros podemos hacer de ese fruto que ellos sacaron un fruto nuestro, pero también podemos sacar nuestros propios frutos.

¿Qué ves tú en esta Meditación? ¿Qué es lo que Jesús te está diciendo a ti en esta Meditación? Para mí en lo personal, lo que me dice es que, si sigo a Jesús y me subo a su barca, a la barca de Pedro, también voy a atravesar muchas pruebas, muchas tormentas y muchos sufrimientos. Y me parecerá que Dios no me oye, que Jesús está dormido, y tendré momentos en que miraré a la Iglesia a punto de hundirse, y a mí con Ella. Pero si vemos bien, el problema no es que aparentemente duerma Jesús, ni que la tempestad sea fuerte y la barca frágil. El problema está en que, aunque el peligro es grande, la fe de los Apóstoles en ese momento es muy pequeña. Por eso temen.

Si mi fe fuera tan grande, sé que no me pasa nada sin la Voluntad de Dios, y que no me va a pasar nada si Dios no lo quiere, porque Dios todo lo que quiere es para mí bien, aunque en un momento sea doloroso. Esta es la fe que ha hecho a muchos de nuestros abuelos aquí en México sobrevivir a tantas dificultades.

Hace cien años, los católicos amanecieron con un letrero en sus Sagrarios que decía: «Él no está aquí». Sí, los Sagrarios se vaciaron, las Iglesias se cerraron, las campanas se enmudecieron, ya no había quien hiciera a sus hijos hijos de Dios; y ellos se fueron al monte para pelear y defender sus Iglesias, para que Cristo volviera a los Sagrarios y las campanas volvieran a cantar. Pero su rebeldía sólo fue contra el tirano, pues como hijos obedientes de la Iglesia pidieron permiso a Ella para luchar. No fue la Iglesia la que los mandó a la guerra. La Iglesia solamente dijo que su lucha era legítima. Y, sin embargo, al cabo de tres años, cuando las condiciones cambiaron, la Iglesia les pidió algo más heroico, les pidió deponer las armas. Y aunque ya iban ganando, ellos obedecieron, porque sabían que iban al martirio y los buscarían para matarlos. Sin embargo, fueron obedientes, y su respuesta nos llena de asombro y nos muestra su fe.

Uno de ellos, entrevistado por uno de los historiadores de la Cristiada, decía:

No, muchachos, acuérdense que aquí pedimos a Dios lo que más nos conviniera. Y por eso no digamos desatinados, ya ven que las cosas cambian de un momento a otro. Recordemos que la hoja del árbol no se mueve sin la gran Voluntad de Dios, paciencia y resignación.

¹ Cf. Is 55, 8.

Eso decía uno de los líderes, Ezequiel Mendoza. No es el problema la tormenta o el peligro de muerte, sino la poca fe de no creer que Cristo está entre nosotros. Nada sucede fuera del control de Dios.

Por lo tanto, uno de los frutos que tengo que pedir en estos Ejercicios es **que mi fe se incremente con las adversidades**. Dice San Pablo: «*No os preocupéis por nada; antes bien, en toda ocasión, con oración y súplica, presentad a Dios vuestras peticiones. Y la paz de Dios, que supera todo entendimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*». (Flp 4, 6-7)

Ahora, yo te hago una pregunta: ¿Cristo está dormido o está ignorado? Porque, si esa barca representa la Iglesia, para mí el Cristo durmiente es el Cristo que está en la proa del Sagrario. Allí aparece como dormido, porque, así como los Apóstoles podían ver su humanidad, nosotros sólo podemos ver el pan y el vino, pero bajo esas especies está la divinidad, está el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Aunque parece dormido, no lo está, pues Dios no duerme ni reposa.

¡Está ignorado! Los Apóstoles parecen ignorar que Cristo está con ellos. Nosotros, aunque estamos en esta barca, también ignoramos a ese Cristo. San Manuel González, el Obispo de los Sagrarios Abandonados, decía así:

Hay pueblos, y no creáis que allá entre los salvajes, hay pueblos en España en los que se pasan semanas, meses, sin que se abra el Sagrario (...)².

¡Qué mayor abandono que estar solo desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana! Jesucristo en el Calvario abandonado de Dios y de los hombres, por quienes se inmola, ¿no se parece mucho al Jesucristo del Sagrario abandonado? En el Calvario siquiera había unas Marías que lloraban y consolaban. En esos Sagrarios ni eso hay.

Yo te invito a ti a que medites en estas palabras de este Santo Obispo y que hagas la prueba. Te invito a que en las tempestades de tu vida, vayas al Sagrario y despiertes a Jesús que solo duerme en tu corazón. Pues en el Sagrario está vivo, pero en ti por tu poca fe duerme. Mira, no hay persona que no haya rezado bien y no haya encontrado la calma luego de acudir a Jesús en el Sagrario.

El hermano Rafael, quien dejó todo por seguir a Cristo, cuando Cristo le pidió renunciar a sus cosas interiores, no sólo a las exteriores, experimentó sufrimiento, abandono y enfermedad, pero fue al Sagrario a despertar a Jesús que sólo dormía en su corazón.

Te voy a presentar algunos testimonios de quienes lo conocieron, lo que decían de él, cómo descubrió que la tempestad era calmada cuando acudía al Sagrario.

En uno de sus textos dice así:

Cuando después de vísperas me arrodillé a los pies de tu Sagrario, vi que había pasado el día, y con él el cielo azul, el sol brillante, y con ello mis penas, todo pasó y nada queda.

En otro texto dice:

² SAN MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA, *La Obra de las "Tres Marías"*.

Cuando después de comer me levanté de la mesa, y como un hombre carnal, miserable y material, vaya a llorar a los sufrimientos de mi enfermedad a los pies del Sagrario. ¡Ah!, si fuera un ángel no lloraría, pero soy hombre, y hombre como hay pocos, Dios lo sabe.

Ahí lloraba, a los pies del Sagrario, ahí buscaba el consuelo que no encontraba en ningún otro lado. El padre Teófilo Sandoval dice que:

Pasaba horas enteras junto al Sagrario, a solas con su Dios, en elevadísima unión con él. Y luego, al volver a reanudar su vida en el monasterio, le veían transformado, reflejaba en su limpia mirada aquella llama de amor ardiente que le consumía.

Otro padre, el Padre Amadeo, decía:

Ya en los últimos meses de su vida, me llamaba la atención su postura ante el Santísimo. Era la postura de quien está completamente abandonado en las manos del Señor. Le costaba trabajo separarse del centro de sus amores, es decir, del Sagrario.

Lo que ellos veían por fuera, San Rafael Arnaiz lo describe en las notas que escribió antes de morir, las que te recomiendo leer en tus tormentas. El librito se llama «*Dios y mi alma*». Aquí te presento algunas notas, algunas pinceladas de la paz que encontró en el Sagrario. Él decía, por ejemplo:

Hoy en la Santa Comunión, cuando tenía a Jesús en mi pecho, mi alma nadaba en la enorme e inmensa alegría de poseer la verdad. Me veía dueño de Dios y Dios dueño de mí. Nada deseaba más que amar profundísimamente a ese Señor que en su inmensa bondad consolaba mi corazón. Y sediento de algo que yo no sabía lo que era y que en la criatura buscaba en vano. Y el Señor me hace comprender sin ruido de palabras que lo que mi alma desea es Él. Que la verdad, la vida y el amor es Él. Y que, teniéndolo a Él, ¿qué busco?, ¿qué pido?, ¿qué quiero?.

En otro texto lo describe de esta manera tan poética:

Cuando después de vísperas me arrodillé a los pies de tu Sagrario, que había pasado el día, y con él, el cielo azul, el sol brillante, mis penas y mis alegrías, todo pasó y nada queda.

Por eso, si quieres calmar las tormentas de tu vida, acude a Cristo que está en el Sagrario que parece que duerme. Cristo está allí para darte paz, para enjugar tus lágrimas, para secarlas y para decirte después de cada encuentro, «¿*Por qué os asustáis?*».

Yo quisiera que luego de esta Meditación tu alma quedara como ese mar en calma.

Recuerda que sólo Cristo puede darte esa paz que tanto anhela tu corazón. Recuerda que Cristo está dormido sólo en tu corazón, pero en el Sagrario está vivo, está despierto e ignorado.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Finalmente, vas a terminar esta Meditación con la parte más importante: el coloquio, es decir, tu diálogo con Cristo, para pedir perdón, consejo o alabarle. Puedes decirle algo parecido a esto, si esto te sirve:

Perdona Jesús, porque en las tormentas de mi vida no te he buscado. Perdona por los abandonos que te he hecho en el Sagrario. Perdona por mis frialdades y abandonos. Jesús, dame la gracia de en adelante buscar la serenidad en la adoración constante de Tu presencia en el Sagrario. Que no pase una semana, que no pase un día sin que vaya a saludarte, para que mi corazón no vuelva a temer. Jesús abandonado de todos, hoy me abandono a Ti, a Tus pies, para que pongas en paz las tormentas de este corazón que está agitado porque no descansa en Ti. Bendito Jesús, dame Tu paz.

Que el Jesús abandonado, el Jesús del Sagrario, el Jesús ignorado, sea el que de hoy en adelante, en estos Ejercicios, y en los Ejercicios que seguirán durante toda tu vida, calme las tormentas de tu vida y que te dé la paz que anhela tu corazón.

Que el Señor te bendiga y te dé los frutos que tiene destinados para ti en estos Santos Ejercicios.